



EL LEGADO DE LOS 5

Eileen Sandoval

EL LEGADO DE LOS 5



Primera edición: abril de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Eileen Sandoval

ISBN: 978-84-19151-82-7

ISBN digital: 978-84-19151-83-4

Depósito legal: M-9678-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Albis,
que cree en todo lo que hago
y me impulsa a seguir mis sueños.*

*A mi madre,
Rosemary,
que me enseñó a creer en la magia de cada historia.*

*A Nina, por estar ahí en cada paso y darme su apoyo y
entusiasmo al leer cada borrador.*

*A Jaeson por ayudarme con esta historia, por prestarme su
tiempo, por sus críticas constructivas e ideas a lo largo de este
camino, por responder cada duda y darme su opinión honesta.*

*Y a Miguel, por leerme desde que era una simple idea
anotada en una vieja libreta, hasta el final de estas páginas.
Aunque se tomó su tiempo mientras yo agonizaba esperando su
feedback, se logró.*

Prólogo

En medio de los torniquetes del caótico tren, se detuvo en seco, haciendo con esto que unas personas apresuradas se dieran contra ella y la llenaran de insultos. Recordó que debía hacer algo importante, pero no sabía qué; lo tenía anotado en su celular, pero, claro, ese no era el mejor lugar para sacarlo, la inseguridad en Namas había crecido a pasos agigantados últimamente. Bandas de grupos armados entraban de golpe a lugares y se llevaban lo que quisieran a su paso. Regresó hacia la salida y buscó un lugar *seguro* donde sacar su celular; bajó desesperada por las 150 notas que tenía hasta dar con una que decía 13 de abril, la leyó y maldijo. Se había olvidado de la cita médica, pero, por suerte, no estaba lejos y podía llegar en pocos minutos.

Llegó al consultorio y la vio sentada muy quieta, era hermosa y fuerte. Su madre era perfecta y no lo pensaba solo porque era su madre, todos lo pensaban. Sus amigos, su papá, sus hermanas, los vecinos, las cajeras del súper, literalmente todos. No podía ser de otra manera porque, cuando estabas delante de ella, te contagiaba con una sonrisa radiante y su valentía.

Se acercó a ella con delicadeza y la besó en la mejilla.

—Hola, mami, perdón por llegar tarde, pero imaginé que igual, aunque llegara dos horas tarde, aún no te habrían atendido —dijo mientras reía.

Su madre con media sonrisa en el rostro le respondió

—Probablemente pasaré por todas las etapas del cáncer y ellos

aún no me llamen —y así, entre charlas tontas y oscuras, pasaron dos horas hasta que llamaron a su madre para lo que sería el último día de su vida, como lo conocía hasta ese momento.

Escucharon los resultados en silencio, no sabía si llorar o golpear al doctor que con tono de indiferencia les dio la noticia. Esto no les pasaba a ellos, esto no le pasaba a una madre como ella, esto no pasaba en la vida real. Solo le pasaba a gente en lugares lejanos.

Así que ahí estaban, nada las calmaba más que un jardín, aire fresco, las nubes y el sol. Pero a ella nada podía calmarle esa sensación de que todo estaba perdido y roto. Nunca había creído que existía un fin, pero ahora lo creía, lo creía y lo sentía. Ni con todas las cosas malas que pasaban a diario en el mundo creía que este era una miseria, hasta ese día. El diagnóstico del doctor no había sido el problema, lo malo había sido cuando dijo que en los últimos seis meses no habían entrado al país las medicinas requeridas para el tratamiento de su madre, por lo que sería una verdadera odisea intentar conseguirlo. No tenía esperanza, no tenía nada y, sin embargo, ahí estaba su madre, sonriéndole al cielo como siempre lo hacía y riendo cuando veía a un niño jugar.

Estaba a punto de echarse a llorar cuando sintió su mano en la espalda, volteó a verla y ella le sonreía con una dulzura infinita; abrió la boca para decirle algo, pero no dijo nada. Le tendió la mano para que la ayudara a levantarse y caminaron por el parque durante varias horas. Mientras caminaban, le iba contando anécdotas de su vida que no había escuchado antes; suponía que, al igual que ella, sentía que era el fin y quería decirle todo lo que no había podido hasta ahora.

Decidieron contar la noticia el fin de semana; cuando se lo comunicaran a todos los demás, su madre quería hacerlo de una manera diferente, quería una celebración a lo que era su vida hasta ese momento y no porque fuese una loca que tiene fe ciega ante una situación que no pinta bien, más bien porque era una loca que sabía que el fin era inevitable y cercano. Quería celebrar las cosas buenas que le había regalado la vida y quería que su familia, en especial sus

hijas, no tuviesen miedo a lo definitivo. Decorarían la casa como si fuese una gran fiesta, habría guirnaldas y luces colgadas por todo el departamento, confeti tirado en el suelo, globos por todos lados y comprarían un gran pastel. Se pondrían sus mejores trajes y le pedirían a los invitados que hicieran lo mismo.

A final de cuentas, estas cosas sí pasaban todos los días, pasaban en la vida real y, de hecho, estas cosas le suelen pasar a gente como ella, tan llenas de vida que se dan cuenta demasiado tarde de que algo va mal.

1. La fiesta

Mientras mi madre terminaba de decorar el *living* para su fiesta, yo estaba en la cocina haciendo el máximo esfuerzo por no derrumbarme. No le había dicho a nadie que se haría esos exámenes. Mi padre estaría muy molesto cuando se enterara de que pasó por todo esto sin su apoyo, y ni hablar de mis hermanas. Pero no había nada que hacer ahora.

A veces mi madre era demasiado positiva y creía que todos eran capaces de ver las cosas de la manera en que ella lo hacía, por eso había decidido dar semejante noticia a nuestra familia como si se tratase del destino de nuestras próximas vacaciones, así que, por el bien de su matrimonio, le imploré que le dijera a papá lo que pasaba antes de anunciárselo a los demás.

Mi padre llegó junto con mis hermanas una hora más tarde; vi como lo tomaba de la mano y se lo llevaba a la cocina. Más personas comenzaron a llegar. Después de media hora, se unieron a los invitados y observé como mi padre saludaba a todos para luego excusarse mientras se dirigía a la terraza. Lo seguí y vi como hacía exactamente lo mismo que yo en la cocina antes de que él llegara: maldecía en silencio mientras lágrimas caían por su rostro; cuando me vio entrar, enseguida me tomó en sus brazos y comenzó a llorar fuertemente.

—Lo siento hija, no debiste cargar con este peso tu sola—dijo entre sollozos mientras se aferraba con fuerza a mi cuerpo.

Estuvimos un rato ahí, contemplando el cielo y la ciudad. Escuchamos que mamá alzaba la voz para llamar la atención de los invitados, era el momento de contarles.

Esther rompió en llanto al momento de escuchar la noticia, Amelia comenzó a decirle a mamá que no se preocupara, que seguramente alguien del laboratorio donde trabajaba podría conseguirnos el tratamiento; en ese momento me sentí mal por mamá porque eso no era lo que ella quería, pero era las hijas que tenía. Los demás invitados no sabían cómo reaccionar; para ser justos, mamá los había puesto en una situación incómoda al dar la noticia frente a todas las personas que le importaban, pero supongo que esa era la idea; después de que pasó la conmoción inicial, mamá fue capaz de cambiar el humor de la reunión y convertirla en una fiesta como había querido desde el principio. Esa noche bailó como nunca; mis hermanas estaban molestas conmigo porque no les había contado nada, pasaron toda la noche lanzándome miradas de odio desde el otro lado de la habitación, pero no me importaba, lo único importante era que mamá estuviese bien y hacerla feliz y eso era algo que no podría hacer por mucho más tiempo.

El solo hecho de pensar en la inevitable muerte de mi madre me abrió un hueco en el pecho, salí de la casa con la excusa de comprar más hielo y, una vez en la calle, me desesperé y eché a correr. Corrí por horas, hasta que no sentí el piso bajo mis pies, hasta que los pulmones me estuvieron a punto de explotar y mandarme al infierno del que había salido. Cuando paré, no vi más que un montón de caras desconocidas a mi alrededor. Respirar dolía, caminar dolía, verlos dolía.

2. El volante de la discordia

Dolor es lo único que puedes sentir en situaciones así, cuando sabes que todo está condenado a irse a la mierda y a convertir tu vida en una tragicomedia barata. Estas son las cosas que pasan en películas, que les pasan a los conocidos de los conocidos, al vecino de tu tío, no a tí. No a unas personas metidas en un departamento en una ciudad que se cae a pedazos, en donde toda la preocupación que tienes es en dónde y cómo conseguir comida para el día siguiente.

Nadie se hubiese imaginado semejante injusticia, pero aquí estamos, y de repente 28,87 millones de personas se convierten en un chiste de mal gusto, una película de bajo presupuesto, una escena final en blanco y negro que, en lugar de darte un respiro, solo te deja con ganas de llorar y desaparecer de la tierra a causa de tanto dolor.

No me alteraba, no parpadeaba, estaba tan quieta que cualquiera podría compararme con una de las esculturas que solía hacer en mi taller, pero todo a mi alrededor desde el diagnóstico no era más que caos y una mancha borrosa en la parte trasera de mi cabeza, ese era el año en que se supone que me graduaría de la universidad y ahora no tenía mente para eso. En cambio, le pediría a Pepe un empleo en la librería. Pero no era solo mi vida lo que se había puesto de cabeza en estos últimos seis meses. Trimacén era un caos, nadie entendía en qué momento había pasado, ni cómo, pero todo era muy distinto ahora. Así fue como comenzó todo y casi no nos dimos cuenta: de un día para otro, se

dejó de conseguir comida en el súper y las medicinas más simples escaseaban en los almacenes.

Mientras caminaba por la calle, veía varios signos en las paredes, eran secretos prohibidos y peligrosos. Habían comenzado a aparecer en muchos lugares desde hace unos meses, los veías en el metro, en lo alto de algunos edificios y hasta en vallas publicitarias. Estaban por todos lados, pero no duraban mucho tiempo porque enseguida los reemplazaban con manchas de pintura. Eran los signos de la Rebelión, porque claro que la había, siempre la hay; incluso cuando las cosas están bien, hay gente descontenta. A los que formaban parte se les admiraba, había estima y respeto por ellos; aunque no sabías quiénes eran, sentías ese afecto como el que sientes por un primo lejano con el que jugabas en tu niñez.

De vez en cuando, hacían actos realmente heroicos. Una vez se metieron al hueco en donde tenían secuestrados a los que una vez alzaron su voz en público en contra de las decisiones que estaba tomando el Gobierno y los soltaron dejando sus signos por todo el lugar; nadie sabe a dónde los llevaron, pero es mejor así. Que sean felices en las sombras, que se alejen, porque al que atrapan una vez es más fácil atraparlo una segunda.

Recuerdo que dos meses después del resultado de los exámenes de mi madre fuimos a nuestro lugar favorito de comida y se veía en la entrada un enorme cartel borgoña con letras blancas y la silueta de unos ojos. Debajo decía: «PROHIBIDO HABLAR MAL DEL DIRIGENTE – SOBERANA JUSTICIA».

No lo podíamos creer. Al principio, cuando la gente los vio por primera vez, solo creían que eran locuras de los dueños de los establecimientos que apoyaban al Gobierno, pero pronto nos dimos cuenta de que iban muy en serio; veías a los guardianes sacar de los locales a las personas que hablaban mal del Dirigente; esto escaló rápidamente hasta tal punto que los empezaron a sacar a rastras de los lugares y los metían en unas camionetas con *los ojos* pintados en las puertas, era su símbolo oficial; al día siguiente, las personas aparecían tiradas enfrente del establecimiento del que los habían

sacado, completamente irreconocibles de la golpiza que habían recibido. Un día, simplemente, empezaron a desaparecer las personas que se llevaban y así fue como la gente dejó de hablar sobre lo que de verdad opinaba.

Al llegar a mi empleo y ver la puerta como siempre, sin carteles rojos, agradecí por un día más de ser intocables, agradecí porque aún quedaban lugares seguros.

Saludé a Pepe, que era el dueño del lugar; me conocía tan bien como mi propio padre. Recuerdo que, la primera vez que entré aquí, Pepe me obsequió con un libro escrito por una autora inglesa; gracias a ese libro, volví todos los días a este lugar. Cuando tenía malos días después de clases, me dirigía sin duda a La Tienda y me quedaba hasta que cerraban; Pepe me llevó hasta casa más de una vez, era mi guardián, no, no un guardián, esa palabra había perdido su significado. Era un buen hombre, así que, de esa manera, Pepe se había convertido en parte de mi familia, incluso había estado presente en la fiesta de mi madre.

Estaba organizando las estanterías en la sección de niños cuando vi que había algunas hojas que sobresalían de los estantes más altos; era extraño porque los niños necesitaban ayuda para llegar ahí, así que se mantenía bastante organizado. Tomé una de las hojas y se vinieron todas al suelo, mostrando una imagen que conocía bastante bien. Era una gran hoja amarilla con un círculo blanco y una flecha encima; debajo, en letras pequeñas, decía: «Basta de la mirada, ¡actuemos AHORA!». Me asusté tanto al verlo que mi primera reacción fue tomarlas, salir por la puerta trasera, echarlas en el basurero y prenderles fuego. No me imaginaba las atrocidades que le harían a Pepe si llegaran los guardianes y decidieran registrar todo el lugar, cosa que era muy común últimamente. De repente, me di cuenta de que una de las hojas que aún no ardía mostraba un mensaje oculto al estar tan cerca del fuego; la tomé y la escondí en mi bolsillo.

Al darme la vuelta, vi a Pepe observándome, estaba perdida. Había visto todo y quizás me echaría a la calle para no tener problemas, seguramente pensaría que yo había llevado esas hojas a la librería.

—Tranquila, hija, ¿por qué tan pálida? Tú no pusiste en riesgo mi librería —dijo sonriendo—. Yo lo hice.

—¿Qué? —exclamé en un susurro. No lo podía creer, Pepe había dejado allí esos papeles para que alguien más los tomara, ¿acaso había perdido la razón?—. Podrían haber venido los guardianes, como han hecho con todos los otros lugares, no estamos a salvo, nadie lo está, y ¿pones en riesgo tu vida haciendo esto? —dije aún más bajo por miedo a que alguien nos escuchara.

—Lo sé, hija, pero solo estoy aportando un granito de arena a una montaña llena de basura. Es una tontería, pero es algo que puedo hacer sin exponerme demasiado. Mira, no pretendo que te metas en esto —dijo cruzándose de brazos—, pero no seas indiscreta, aún no tenemos carteles de *los ojos* aquí, así que hay que aprovecharlo; mientras tengamos esta poca libertad, mi deber es ayudar a la Rebelión como sea; ya luego de que nos encadenen veré cómo ayudar desde adentro.

A lo que Pepe se refería con *encadenar* es a la única manera de ayudar que consiguieron las personas que solían tener un poco de poder y que no estaban de acuerdo con esta nueva situación; se hacían pasar por simpatizantes de *los ojos* para darles información a los rebeldes y tener lugares seguros *bajo sus propios ojos*.

—No tenía idea de que tú... —dije nerviosa y confundida—, que hacías esto. ¿Por qué no me dijiste nada? Sabes que yo no diría nada, hasta podría ayudarte.

—¿Estás loca? —soltó mirándome con cariño; a pesar de su mirada, me sentí herida—. Imposible, es muy peligroso, este tipo de trabajo solo lo hacemos los viejos que no tenemos nada que perder, tú aún eres joven y valiosa, sé que quieres ayudar, pero aún no estas lista —dijo suspirando—. Mira lo que has hecho con los carteles, tienes mucho miedo. Aún temes mucho por ti y por los

demás; mientras tengas tanto que perder, no serás valiosa para la Rebelión —concluyó poniendo una mano en mi hombro.

Tenía razón, era una cobarde, una niña aún. Solo pensaba en cuidarme a mí misma, incluso cuando tomé los carteles, la razón principal fue para no quedarnos sin la tienda, mi lugar sagrado, mi refugio.

Esa noche, Pepe se ofreció llevarme a casa, pero no lo dejé, le dije que me encontraría con mis hermanas, pero era mentira, solo quería tiempo para despejarme. Las calles eran inseguras, pero una vez que te acostumbras, el miedo es reemplazado por la precaución y aprendes a andar sin llamar demasiado la atención. Ansiaba sacar el volante, lo había pasado de mi bolsillo a uno de mis zapatos, pero sería una imprudencia. Incluso tenerlo en el zapato lo era, aunque me moría por saber en qué estaba metido Pepe y quizás demostrarle que no era tan cobarde como él creía tendría que esperar a estar en un lugar privado.

Me acordé de mi madre; no sabíamos exactamente cuánto tiempo tenía por delante, así que no sé si quería pasar el tiempo que le quedaba tratando de destronar un Gobierno tirano y ganar una batalla que ni entendía, pero, a su vez, quizás debería hacerlo por ella, siempre ha sido valiente, mientras que yo...

Debería preguntarle a mi madre qué hacer, es la única persona en la que podía confiar plenamente; mi padre había estado muy raro desde que todo esto empezó; mi hermana mayor volcó toda su atención en su carrera para evitar pensar en lo que pasaba a su alrededor; Esther, que es mi hermana menor, se había mudado recientemente con el amor de su vida y había iniciado una fundación para ayudar a niños que no tenían donde vivir, estaba más feliz que nunca, no quería quitarle eso. Mi mejor amiga se fue de aquí antes de que todo se fuera al demonio y consideraran marcharse un acto de traición hacia la Soberana Justicia. Al principio no era tan difícil irse, tenía su riesgo, pero si lograbas pasar desapercibido y creían que te ibas de vacaciones, te dejaban salir; ahora, todos nuestros movimientos digitales están controlados y es difícil hablar con al-

guien que se haya ido porque eso también es considerado traición, así que jamás volvimos hablar.

No me atreví a sacar el volante en la calle, así que fui al *mall* que quedaba cerca de la librería. Al entrar, la realidad me golpeó como un camión, quizás se debía a que no podía pensar en otra cosa que no fuese mi mamá y en cómo ayudarla, pero de alguna manera había logrado evadir medianamente lo que había estado pasando en Trimacén. Había unos cuantos comercios abiertos, todos ellos con carteles de *los ojos* afuera, pero había muchos otros que estaban clausurados. No podía creer que las cosas hubiesen escalado así de rápido y sin darme cuenta. Decidí ir al piso donde estaban los cines, ya que era el que solía estar más vacío; antes era el lugar con más gente en cualquier *mall*, pero ahora que todo estaba tan controlado, había días en los que, antes de la película, en vez de tráileres, pasaban un mensaje del Dirigente que llegaba a durar hasta una hora, así que muchos se marchaban sin llegar a ver la película, pero ahora los que se salían durante el mensaje pasaban 24 horas en un calabozo por *traición*.

Compré un boleto para la única película disponible y me dirigí al baño del cine, el único lugar sin cámaras, pero con guardianes en las puertas. Solo tienes una cantidad de tiempo hasta que entran a buscarte si has tardado mucho. Me dirigí al último cubículo y vi el volante; estaba arrugado, pero aún se leía el mensaje; eran un montón de palabras que no tenían relación entre sí, pero tenían que significar algo. Las anoté en mi libreta y tiré el volante al inodoro.

Vi cómo se perdía en el agua y me fui.

3. El choque

Cuando el pilar de tu vida insiste en seguir fuerte incluso cuando su mundo se cae a pedazos, no puedes evitar sentirte un bulto inútil que vaga a su alrededor en caso de que necesite algo. Mientras la observaba caminando por la cocina de aquí para allá, llevando bandejas y limpiando todo a su paso, no podía evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas que desaparecían en cuanto ella dirigía su atención hacia mí. Nunca había podido demostrar debilidad frente a ella y, definitivamente, este no era el momento para empezar a hacerlo.

Anoche no me había atrevido a preguntarle, pero quería hablarle sobre las palabras que vi en el volante, era tan astuta que seguramente lo resolvería en segundos. Pero temía que descubriera de qué se trataba y me preguntara de dónde lo había sacado; no quería meter en problemas a Pepe, no creía que mi madre fuese a traicionarlo, pero no podía estar segura de lo que era capaz con tal de proteger a su familia.

Estaba a punto de mostrarle a mamá la libreta con las palabras ocultas cuando se escuchó un fuerte estruendo en la calle, corrimos hacia el ventanal y vimos caos. Un camión gigante de carga se había estrellado contra una van, creando instantáneamente una congestión de vehículos, gente y ruido.

Corrección.

Un camión de carga, que no era cualquier camión, y la van, que no era cualquier van, era de *los ojos*, y, en realidad, la van era la que había chocado al camión, se había atravesado por completo en

su camino y este no pudo esquivarlo de ninguna manera. Habían impactado uno de los postes eléctricos más viejos del vecindario, de manera que la van atravesaba toda la calle dejándola sin paso. El choque provocó que las puertas del camión se abrieran un poco dejando ver lo que llevaba dentro: eran muchísimas cajas con alimentos y medicinas. Al segundo de verlo, sabíamos que esa escena se convertiría en un desastre.

Las personas que iban en la van se apearon y fueron a por la carga que traía el camión; el conductor de la van fue el único que se acercó hasta la ventana del conductor del camión para comprobar cómo estaba. Al instante en que la gente se dio cuenta de que los ocupantes de la van en realidad **no** eran *los ojos* y que el accidente, de accidente no tenía nada, corrieron hacia el camión para llevarse una parte del botín, mientras algunos chicos de la van iban repartiendo en partes medianamente igual todo el contenido entre la gente que se acercaba, otros dos metían una parte en un segundo auto en el que no había reparado antes y que estaba convenientemente aparcado fuera de la zona del accidente.

El poste eléctrico que había sufrido el impacto estaba inclinándose hacia el camión peligrosamente, tensionando todos los cables y haciendo sonidos realmente preocupantes. Cuando se escucharon las sirenas acercándose, los chicos de la van apuraron el paso y decidieron dejar el trabajo hasta ahí, le gritaron a la gente que estaba alrededor que se fuera y corrieron al auto en donde estaban guardando todo para irse. La gente no se había percatado del sonido de las sirenas, del poste a punto de caerles encima, de la gasolina escapando del camión y del inminente desastre en que se convertiría todo en cuestión de segundos.

Las personas que estaban alrededor del camión empezaron a pelear por lo que quedaba sin importarles que los guardianes ya estuvieran allí; comenzaron a lanzar gas y a intentar esparcir a la multitud cuando, de repente, el poste cayó estruendosamente encima del camión, matando al conductor que no había logrado salir y provocando chispas que comenzaron un incendio. El conductor

de la van se encontraba en el suelo inconsciente muy cerca del fuego; antes de que pudiese gritar para intentar advertirle a la gente, vi a mi madre llegar hasta el hombre inconsciente, lo movió para despertarlo y lo levantó como pudo para ayudarlo a moverse lejos del peligro.

Todo pasó tan rápido que no me dio tiempo de pensar lo que estaba haciendo.

Bajé a toda velocidad por las escaleras para ayudar a mi madre. Había muchísimo humo proveniente del fuego y del gas que lanzaban los guardianes y una gran cantidad de gente corriendo de un lado a otro con cajas y comida desparramándose por todos lados. Corrí al lugar donde vi a mi madre con el hombre antes de bajar, pero no estaban por ningún lado, no entendía a dónde podían haber ido. Vi que un guardia se acercaba a mí, así que me escabullí entre los autos para que no me viera. Se escuchó un estruendo enorme que me dejó sorda por unos minutos. De la nada, el edificio enfrente del mío se empezó a incendiar mientras los gritos y la confusión en la calle aumentaban; desde mi escondite, intenté divisar a mi madre y al imbécil que había corrido a ayudar cuando sentí un golpe en la cabeza. Justo antes de caer al suelo, los vi.

El tipo al que había intentado ayudar estaba desangrándose a su lado.

Parpadeé.

Mi madre intentaba detener la hemorragia del hombre.

Parpadeé.

Uno de los guardias se les acerco por detrás.

Parpadeé.

Sacó su arma y apuntó hacia ella.

Parpadeé.

Escuché un disparó.

Perdí la conciencia.

4. La caminata de la vergüenza

No entendía qué había pasado, tenía un fuerte dolor en la cabeza y uno de mis hombros me palpitaba de manera espantosa. ¿Qué hacía en el suelo? ¿Por qué había tanto ruido? ¿Y ese humo? Todo vino a mí de golpe: el camión, el accidente, la gente con la comida, el fuego, el conductor de la van, mi mamá corriendo a ayudarlo.

«¡Mamá!», grité mientras abría los ojos y me sentaba de golpe. Estaba en medio de la calle; al parecer el caos ya había pasado y ahora solo quedaba su rastro, los edificios ya no ardían, no había rastro de la van que había causado el accidente, pero el camión seguía allí, la gente que vivía en los edificios afectados estaba en las calles con las pocas cosas que pudieron salvar.

Desesperada, volví la mirada hacia donde había visto a mi madre y al conductor de la van, no había nadie, ni sus cuerpos estaban ahí. Fui corriendo hasta el lugar, pero solo había un gran charco de sangre en el suelo. Hiperventilé y caí de rodillas pensando en el disparo que había escuchado justo antes de perder la conciencia, podía haber sido para el conductor o para mamá, jamás lo sabría. Estaba sola en medio de un charco de sangre sin entender cómo había pasado todo esto; sentí como la sangre se me subía a la cabeza y el corazón me presionaba el pecho mientras los escenarios más espantosos comenzaban a surgir en mi mente. Me levanté como pude y salí corriendo a mi edificio; las llamas parecían haberlo alcanzado también, la entrada era un desastre, el edificio estaba en ruinas, como si le hubiesen lanzado una bomba, pasé por los escombros y subí hasta lo que había

sido mi hogar, la puerta estaba negra azabache repleta de cenizas, la aparte un poco y entré.

El lugar estaba irreconocible: la mayoría de los muebles estaban chamuscados por el fuego y llenos de ceniza; la pared que se veía al entrar solía tener un bello mural junto con fotografías de toda la familia, ahora estaban en el suelo con los vidrios rotos y casi todas estaban quemadas; la cocina estaba casi intacta, era el lugar favorito de mamá, así que me aferré a la idea de que fuese un simbolismo y ella estuviese también casi intacta. Me dirigí hacia mi habitación y me sorprendió ver que no quedaba mucho de ella; cogí el morral que siempre usaba y comencé a llenarlo con algunas cosas esenciales que pude recoger entre los escombros. Intenté buscar mi celular, pero recordé que lo tenía en el bolsillo trasero cuando salí a por mi madre, lo había perdido.

La terraza, que era el lugar desde donde habíamos visto el accidente, ya no existía. Parecía que una mano gigante se hubiese aferrado hasta despedazarlo. Busqué frenéticamente alguna señal de mi mamá, algo que me indicara que había vuelto ahí, pero no había nada. Tenía que ponerme en contacto con mi familia. Antes de salir, tomé del suelo las fotografías y las metí al morral.

Cuando volví a la calle, hice un maxiesfuerzo por encontrar mi celular; con tanto caos, nadie iba a llevarse un celular que viera en el suelo, ¿no?; para mi sorpresa, lo encontré cerca de donde había perdido la conciencia; tenía la pantalla rota, pero aún servía. Intenté llamar a mi padre y a mis hermanas, pero el celular murió al segundo intento, la cabeza me latía con fuerza y las manos me temblaban. Mire a mi alrededor en busca de alguien, un bombero, un paramédico, así fuese un guardia de *los ojos*, alguien tenía que saber algo sobre mi madre. En las afueras del barrio había varias ambulancias y paramédicos atendiendo a algunos heridos, me acerqué para preguntar por mi madre y vi al hombre que había ido a salvar dentro de una de las ambulancias, estaba en una camilla

conectado a diez mil máquinas mientras los paramédicos hacían de todo por salvarle la vida. Corrí hasta la ambulancia y comencé a gritarles preguntando por mi madre, parecía que nadie me prestaba atención, grité aún más fuerte y casi me metí a la ambulancia, pero una mano me tomó por el brazo y me dio media vuelta.

—No puedes entrar ahí, están salvándole la vida a una persona, ¿acaso perdiste la razón? —dijo el hombre mientras me tomaba por el brazo con más fuerza de la necesaria, era un paramédico.

—NO ME IMPORTA, NO ME IMPORTA LA VIDA DE ESE HOMBRE, QUIERO SABER EN DÓNDE ESTÁ MI MAMÁ, ESTABA CON ÉL, LO ESTABA AYUDANDO A SALIR DEL FUEGO, ¿EN DÓNDE ESTÁ ELLA? —grité mientras intentaba zafarme de su mano.

—A ver, cálmate, niña, ese hombre estaba solo cuando lo encontramos, tu madre debió haberlo dejado ahí para salvarse de que le dispararan a ella también —explicó el hombre mientras me apartaba de la ambulancia.

—Espera, ese hombre ¿recibió un disparo? —pregunté aliviada.

—Sí, es lo que acabo de decir. Mira, lo siento, no sé en dónde está tu mamá y no puedo ayudarte porque tenemos que irnos antes de que *los ojos* decidan que estas vidas no valen la pena ser salvadas —concluyó mientras caminaba hacia la ambulancia y, antes de cerrar la puerta, se dio media vuelta—. Ahora que lo pienso, me parece haber visto a una mujer a su lado, pero un hombre la ayudó a levantarse y se fueron antes de que pudiésemos llegar a ellos —explicó encogiéndose de hombros como diciendo «lo siento, es todo lo que puedo ofrecerte», cerró la puerta y partieron.

Alguien había ayudado a mi madre, pero era imposible saber quién y en dónde estaban ahora, se me hizo extraño, si no imposible, que mi madre no me hubiese buscado. Al menos podía suponer que estaba bien, quizás no bien, pero al menos no estaba muerta en algún sitio a causa de un disparo. Decidí caminar hasta el trabajo de mi padre, quedaba un poco lejos, pero no tenía otra opción, no llevaba dinero conmigo y quería despejar un poco

mi mente. Unas cuantas cuabras fuera de Namas el panorama era otro, parecía que el caos solo se había desatado en nuestro barrio. Muchos otros como yo habían decidido caminar fuera del barrio; éramos una gran mancha gris, triste y completamente conmocionados, las personas nos veían con cara de preocupación y miedo, pero nadie se acercaba. Algunos se dirigían a las tiendas en busca de ayuda o refugio, pero les cerraban la puerta en la cara. ¿Cómo era esto posible? ¿Acaso no estaban viendo cómo destruyeron nuestro hogar y quedamos en la calle? ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué nadie hacía algo? Seguí caminando sola y alejada de la gran multitud, intenté acercarme a la gente para averiguar por qué de repente éramos una paria, me metí a un almacén en donde nadie reparó en mi presencia, estaban absortos viendo la TV. Escuché la tétrica melodía de *los ojos* cuando transmitían un mensaje; volteé inmediatamente y entendí todo.

Era un mensaje de la Soberana Justicia y rezaba lo siguiente:

«Lamentamos informar que el barrio Namas fue el blanco de un ataque a manos de los rebeldes el día de hoy; por la seguridad de nuestros ciudadanos, tuvimos que enviar un equipo de las Fuerzas Soberanas a luchar y liberarlos. Al llegar a Namas, nuestro equipo fue emboscado por los residentes, todo fue un engaño y los residentes de Namas tenían a rebeldes viviendo entre ellos y habían planeado este ataque para debilitar a la Soberana Justicia, por lo cual se les dio el ok a nuestras Fuerzas para que emplearan el plan de ataque inminente, dando como resultado que un helicóptero lanzara granadas sobre los refugios rebeldes. Algunos rebeldes lograron escapar, pero no por mucho. Los verán caminando por sus calles, pidiendo refugio. Que quede claro: el que intente ayudarlos, será enemigo de la Soberana Justicia y correrá el mismo destino que Namas. Estos son rebeldes, no se equivoquen, se hacían pasar por sus vecinos, sus amigos, pero están en contra de nuestros derechos; cualquier contacto con ellos evocará a un enfrentamiento contra las Fuerzas».

No podía creerlo, salí del almacén aturdida. Habían lanzado granadas a un barrio residencial, sabía que nos mentían todos los días para intentar ocultar la verdad, hasta yo les había creído en más de una ocasión, pero jamás imaginé que fuesen así de cínicos, nadie que estuviese en sus cabales les iba a creer semejante descaro.

No, nadie les creería, pero nadie querría sufrir el mismo destino que Namas, así que todos actuarían igual o peor que si les hubiesen creído cada palabra.

Cuando llegué al edificio donde mi padre trabajaba, no lo vi por ningún lado; a decir verdad, no vi a nadie por ningún lado, las calles estaban desiertas. Mi celular estaba completamente muerto y, por supuesto, no tenía el cargador conmigo. Mis hermanas vivían al otro lado de la ciudad y estaba anocheciendo. Solo había un lugar a donde podía ir por ahora.

Al llegar a la librería, noté que aún estaban encendidas las luces traseras, así que me fui por el callejón y llamé a la puerta. Pepe asomó su cabeza con cautela y al verme casi se cae de frente; antes de ese momento, no se me había ocurrido qué aspecto debía de tener, estaba hecha un desastre. Pepe me tomó por el suéter y me lanzó con fuerza hacia adentro de la librería; cuando cerró la puerta con seguro, se dio la vuelta y me abrazó tan fuerte que me hizo daño en el hombro. Chillé y se asustó.

—¿Qué te duele? ¿Qué te pasó? ¿Estabas en Namas? —preguntó preocupado.

—Honestamente, estoy tan confundida que no sabría por dónde empezar —suspiré cansada.

—Ay, mi niña —esto fue más un sollozo que un sonido claro, jamás había visto a Pepe tan afectado, me calentaba el corazón verlo tan preocupado por mí—. Ven, siéntate aquí. Te voy a traer un poco de agua y veremos qué te pasó en ese brazo.

Fue a la cocina de la cafetería y trajo agua, té, algo de pan y unos pañitos.

—Tómame esto mientras yo me fijo en tu herida —dijo mientras dirigía su mirada a mi rostro con horror—. PERO SI TAMBIÉN TIENES SANGRE EN LA CABEZA, NIÑA, PERO CÓMO HAS ESTADO DE PIE TODO ESTE TIEMPO.

—No pasa nada, Pepe, solo es sangre seca, hace un rato paré de sangrarme, no te preocupes —exclamé con los ojos cerrados mientras apoyaba la cabeza en la silla.

Mientras Pepe me movía el hombro de aquí para allá y trataba de descifrar si me había roto algo, yo tomaba litros de agua, no me había dado cuenta de lo sedienta que estaba. Me puse a contarle de manera bastante vaga todo lo que había ocurrido en Namas para distraerme del dolor; él, por su parte, me contó cómo se había visto la situación desde afuera, al parecer el mensaje que vi en el almacén había sido minúsculo a comparación de lo que estaban dispuestos a hacer por dejar a Namas como un refugio de rebeldes. Mientras se desataba el caos, la Soberana Justicia había cerrado el paso por casi todas las calles hacia Namas, habían puesto periodistas a reportar el supuesto hallazgo de un grupo rebelde que se alojaba en esos edificios. Según las noticias, Namas se había convertido en un barrio de rebeldes que estaba a punto de emprender su plan de ataque hacia la Soberana Justicia, pero fueron detenidos a tiempo gracias a un desertor.

Cuando quedamos en silencio sopesando sobre lo absurdo que era todo, vimos unas luces afuera de la tienda. Era la Fuerza haciendo la ronda nocturna en busca de posibles rebeldes.